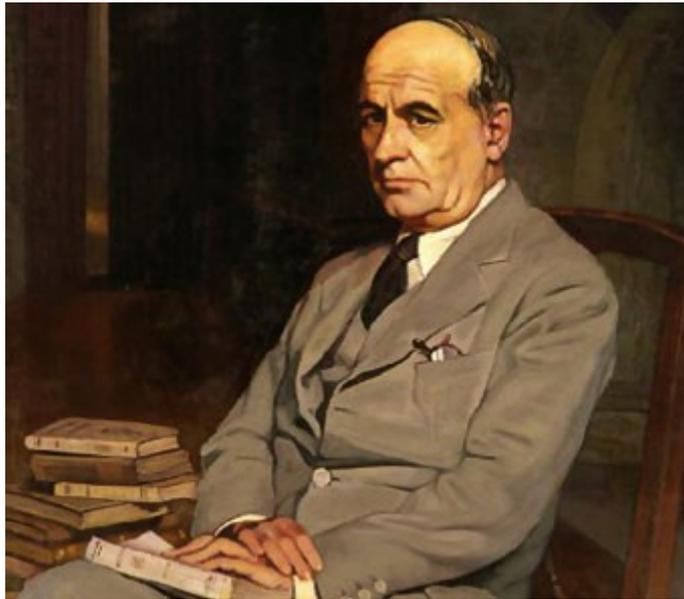


**ENTREVISTA**  
**A ORTEGA Y GASSET**



**PG. Usted acuñó la frase “yo soy yo y mi circunstancia”.  
¿Qué pretendía decir?**

O. El hombre no puede ser definido solamente como un animal racional. La razón es una isla que emerge sobre el mar de la vida. Vivo, luego pienso. Tan pronto como tomo conciencia la vida se aparece ante mí como la realidad radical. Mi vida es solamente mía, como la suya es suya, intransferible. Yo puedo abrirme, manifestar porosidad, dejar que usted entre en mi mundo. O bien cerrarme herméticamente, vivir en una mónada, una casa sin ventanas ni puertas. En cualquier caso, mi yo no puede saltar fuera de mi mundo. Me acompaña siempre.

**PG. Ese hincapié en el carácter singular de la vida, ¿no recuerda a Unamuno?**

O. En Unamuno se da un sentimiento trágico de la vida. Ésta es una “meditatio mortis”, yo creo que la filosofía debe pensar

sobre la vida. Mis desencuentros con el morabito don Miguel son bien conocidos. Sin embargo, a ambos nos unía el deseo de hacer de nuestra patria una nación más civilizada. Claro que Unamuno se burlaba de la “Kultura”, anteponía la mística al racionalismo. De aquí proviene su *boutade* “que inventen ellos”. Por el contrario, para mí la única salvación posible de España era Europa y Europa es la ciencia.

**PG. Dejemos al quijotesco don Miguel. Hábleme de su realidad radical.**

O. Yo nací sobre la rotativa de un periódico. Así, literalmente. Mi casa estaba sobre los talleres del diario cuyo director era mi padre. Tal vez por ello mis primeras obras, antes de ser reunidas en libro, fueron publicadas como artículos de prensa.

**PG. ¿Y no fue ello perjudicial para usted?**

O. España vivía atrasada intelectualmente con relación a Europa. Era necesario elevar la altura cultural del país y para ello el periódico ofrecía más posibilidades de llegar al público que el

libro. Y lo hice de la mejor manera que sé hacerlo. Antes de convencer había que seducir.

**PG. Los “profesionales” del saber no le han perdonado que usted sea un magnífico escritor. ¿Es preciso ser oscuro como Heráclito para ser tenido como filósofo profundo?**

O. La claridad es la cortesía del filósofo. Ya conoce lo dicho: “¿Se entiende? ¿Sí?, pues oscurezcamos un poco más”. Ciertamente hay una filosofía “técnica”, hecha con instrumentos intelectuales “rigorosos”, como me gusta decirlo. Sin embargo, la técnica de los ingenieros aeronáuticos no valdría nada si sus ecuaciones no permitiesen al hombre volar desde Madrid a París. El filósofo está para dar soluciones, para aclararlas y no enturbiarlas. En suma, para saber a qué atenernos.

**PG. Como “seductor de las ideas” su arma preferida fue la metáfora. Muchos le criticaron por ello. ¿Qué opina?**

O. Quienes así me censuran olvidan que el pensamiento no es capaz de llegar más allá del lenguaje hasta el concepto puro.

Solamente podemos acercarnos usando una rama, la prolongación que constituye la metáfora. Si decimos que “el sol sale por el este” ¿no hablamos con una metáfora? No es posible usar la lengua sin tropezarnos en cada momento con alguna.

**PG. Ciertamente, pero además de ser un instrumento intelectual es también una característica de su personalidad. Una vez le responde a Indalecio Prieto diciendo que su corbata es su columna vertebral trasparentada.**

O. Sí, la metáfora es consustancial a mi persona. Pero no como fuegos artificiales sino como cohetes llevando dentro a su astronauta. O sea, apuntan a una finalidad.

**PG. Dos de sus metáforas más repetidas son la del naufrago y la del arquero. ¿Qué quiere decir con ellas?**

Antes he dicho que la razón era una isla en el mar de la vida. Pues bien, las ideas las tenemos, son nuestras; pero en las creencias estamos. Creemos que la tierra es firme hasta que

tiemblan sus cimientos. Cuando nuestras creencias se rompen como un barco hundido, debemos aferrarnos a las tablas, luchar como los náufragos hasta lograr la seguridad de unas nuevas creencias sobre las cuales vivir. Y en cuanto a la imagen del arquero simboliza el hecho de que nuestra vida es proyecto, caminamos hacia el futuro. A la pregunta de “¿qué es el hombre?” debemos preferir “¿qué vamos a hacer?”. El hombre -dije – no tiene naturaleza sino historia. Estamos condenados a decidir nuestro quehacer, es el precio de nuestra libertad. Si no escojo, he decidido no escoger.

**PG. Usted estudió en la universidad de Marburgo. ¿Podría decirse aquello de la película “vente para Alemania, Pepe”?**

O. Sí, yo también he sido emigrante aunque no fui a trabajar en una manufactura sino en una “mentefactura”. Yo marché allí de muchacho con el hambre de un ave rapaz dispuesta a capturar una presa para devorarla en las ruinas de su casa solariega. Mi madre no estaba convencida (ellos querían que fuese abogado) pero yo le argumentaba que esos años eran una inversión como

comprar una nueva máquina para el periódico. Y creo que mi estancia y mi contacto con el pensamiento germano ha dado sus frutos en nuestro país.

PG. Siempre tuvo una vocación política o, al menos, actuar sobre la sociedad en tanto que intelectual. ¿Qué piensa de ello?

O. Decía Aristóteles que el hombre es un animal político. Vivimos en la polis, no podemos aislarnos de la sociedad aunque ésta no tenga alma, sea desalmada. En este sentido – no hablo de la militancia en los partidos - ser apolítico es ser inmoral.

PG. ¿Y cuál ha sido su posición ideológica?

O. En mi juventud manifesté una posición que hoy podríamos llamar socialdemócrata. O sea, un socialismo sin marxismo. Si quiere decirlo así, fui “progresista” o “avanzado”. El tradicionalismo al estilo de Menéndez Pelayo me era antipático. Cuando murió yo mostré mi disgusto ante los homenajes que se le rindieron. Yo, más allá de cualquier discrepancia, simpatizaba con los ideales de Giner de los Ríos y de la “Institución libre de

enseñanza”. Claro que los krausistas eran excelentes personas pero malos músicos.

PG. Pero luego fue evolucionado con los años ¿no?

O. Sí, cierto. Adopté una actitud más conservadora sin dejar por ello de ser un liberal en el amplio sentido de la palabra. En el comienzo de los años treinta observaba con preocupación cómo las masas, al mismo tiempo que se rebelaban contra las minorías intelectuales, estaban dispuestas a lanzarse en los brazos de un salvador, caer en una mística nacionalista.

PG. Usted ha sido uno de los impulsores de la república con aquel artículo donde, parafraseando a Catón el viejo sobre Cártago, afirmaba que la monarquía debía ser destruida. ¿Se arrepintió luego?

O. No, arrepentirme no. Sin embargo me decepcionó el rumbo que tomaba la república ya desde sus inicios. Por eso dije aquello de “no es eso, no es eso”. Dejando aparte la actitud equivocada hacia la Iglesia, con fuerte arraigo todavía en la sociedad española, el

Estado pretendía conceder la autonomía exclusivamente a dos o tres regiones indóciles. Yo defendía lo que ustedes llamarán Estado de las autonomías, lo que algunos calificarán despectivamente como “café para todos”.

PG En la secular cuestión catalana las posiciones de Azaña y de usted fueron muy distintas.

O. Sí, Azaña, a mi juicio con mucha ingenuidad, pensaba que los catalanes querían la autonomía. “Démosla y problema resuelto”. Pero no hay nacionalismo interior a un Estado que no tenga su aspiración máxima en la independencia. Como ese sentimiento no es mayoritario, entre ambas partes solamente podemos “conllevarnos”, convivir de la mejor manera posible. Del mismo modo que algunos matrimonios reales, por sus títulos, e irreales, sostenidos por su trastienda protocolaria. Ya usted sabe.

PG. Habiendo sido uno de los más conspicuos intelectuales republicanos, ¿cómo vivió usted el alzamiento militar que provocó la guerra civil?

O. Como usted dice, yo fui uno de los primeros republicanos. Sin embargo, el punto de inflexión es el momento en que la república queda en manos de los comunistas. Entonces, entre dos males, hay que escoger el mal menor.

PG. ¿Deseaba el triunfo del bando nacional? ¿Influyó en ello que tuviese un hijo en la guerra luchando contra los “rojos”?

O. En una guerra fratricida como la nuestra los lazos de sangre nos obligan a tomar decisiones trágicas. Ciertamente, mi hijo luchó en la guerra con los mal llamados “nacionales”, pues todos éramos españoles. Pero mi hermano Eduardo, que era el doble de hombre que yo en cuanto a valor, me acuerdo de su oposición junto a Unamuno a la dictadura de Primo, Eduardo, insisto, cuando fue nombrado Fiscal general por el Frente popular, antes de la guerra, sufrió un atentado con una bomba de la que se libró por una gran suerte. Después marchó al exilio muriendo diez años más tarde que yo en la ciudad de Caracas (si usted se pregunta cómo lo sé interróguese también cómo le respondo ahora mismo si ya no vivo entre los vivos)

PG. ¿Y en cuanto a la primera pregunta?

O. Yo nunca fui franquista y por ello tomé mis distancias respecto al régimen fijando mi residencia en Lisboa. Sin embargo, como dije en una conferencia, volviendo a Madrid tras años en un “exilio” personal – no me esperaba ninguna cárcel – España gozaba de una “salud indecente”. Quienes lean entre líneas se darán cuenta que hablo de “salvación”, se entiende del comunismo, pero al mismo tiempo una salvación “indecente”, pues los medios empleados -desencadenar una guerra civil- son poco decorosos. En cualquier caso, mi conferencia, que trataba sobre el teatro, fue dada en el año 1946. O sea, apenas finalizada la segunda guerra mundial. Yo esperaba una dictadura corta, no lo que vino después.

PG. Y usted se encontró con un país cambiado, una nueva generación que ya no lo reconocía como su *maître à penser*.

O. Sí, cierto novelista y psiquiatra me ridiculizó haciendo burla teatral del perspectivismo con aquello de “vean ustedes esta manzana, etc.” O bien llamándome “el-que-todo-lo-dijo-antes-de”,

haciendo referencia a cierta polémica con Heidegger sobre la prioridad cronológica del existencialismo.

PG. Otro aspecto suyo de su obra intelectual es haber sido el animador de la vida cultural impulsando una publicación tan importante como la *Revista de Occidente*. ¿Qué me puede decir al respecto?

O. Como ya le dije antes mi propósito era elevar la cultura española hasta ponerla a la altura de la europea. Yo hice traducir al español lo más selecto del pensamiento europeo. Por otro lado, era importante no solamente el contenido sino también que la forma fuese atractiva, el papel, el diseño, el tipo de letra, etc. Ya siendo joven le había sugerido a mi padre que ampliase el espacio entre las columnas “cejijuntas” del periódico. Se debe hacer agradable la lectura.

PG. Y ya para concluir esta entrevista ¿qué cree que será su yo cuando concluya su circunstancia?

O. Yo no tengo ningún reparo intelectual en que exista “otra”

vida, pero caso de que así fuera, esta vida seguiría siendo para mí la realidad última, radical. De adolescente sentí cierta atracción hacia el modernismo teológico y perdida la emoción católica he procurado siempre rechazar el dogmatismo ateo y el dogmatismo religioso. Ya en mi lecho de muerte, como sucedería después con Curzio Malaparte, tuve a un mosquito vestido de sotana revoloteando sobre mi cabeza para afirmar que yo, en el último instante, justo antes de cerrar los ojos, había abjurado de todos mis errores. No me gustaría que me ocurriese lo que cuenta Goethe de un amigo suyo. Una vez muerto y en el otro mundo, éste no le dejaba nunca a solas repitiendo constantemente: “te lo dije, te lo dije, te lo dije”.

PG. Muchas gracias.

Pablo Galindo Arlés

16 de septiembre de 2019

